EMILIO
LAMO DE ESPINOSA

LOS POLÍTICOS COMO PROBLEMA

Los humanos no sólo inventamos cacharros o aparatos que se pueden tocar, como el arco y las flechas, estribos, guitarras, cañones u ordenadores. Además de inventar *hardware*, cosas, inventamos *software*, es decir, programas culturales que –al igual que los aparatos– nos ayudan a sobrevivir mejor, orientando nuestras acciones. Uno de esos inventos –como casi todos, producto del azar más que de la inteligencia, "técnica del azar" la llamaba Ortega en *Meditación sobre la técnica*– es la familia, o, para ser más precisos, el parentesco. Y otro, no menos importante y que históricamente sucede al parentesco, es el Estado, pues gracias a él una sociedad consigue auto-regularse, mantener sus fronteras y gestionar sus problemas. Puede que, analizado con distancia, se trate de uno de los inventos más importantes de la humanidad, incomparablemente más notable que cualquier empresa, por grande y poderosa que sea (y no olvidemos que la empresa mas grande del mundo tendría el tamaño de un Estado medio). Pues bien, para encargarse de la gestión de ese ingente órgano de administración en las democracias modernas elegimos a los políticos. Para que solucionen nuestros problemas. Para eso les pagamos con nuestros impuestos. Nada nuevo, por supuesto.

¿O sí? Lo que es nuevo es que los encargados de solucionar nuestros conflictos se conviertan ellos mismos en uno de los principales problemas. Y eso es lo que dice la última encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas: tras el desempleo y la crisis económica, la principal preocupación de los españoles es "la clase política, los partidos políticos" (un 13,6%), por delante

del terrorismo de ETA, de la inseguridad ciudadana o incluso de la inmigración. Especialmente, si se tiene en cuenta que los técnicos del CIS han tenido la *habilidad* de codificar las respuestas a esta cuestión separando en otro apartado un 4,7% que alude a "el Gobierno, los políticos y los partidos", que es otro modo de decir lo mismo. Un porcentaje que sube al 23% entre quienes tienen estudios superiores, al 25% entre empresarios y altos funcionarios, y casi al 30% entre los votantes de CIU (tomen nota). No es un mal lugar y es de desear que no pasen a ser el primer motivo de inquietud –aunque en cierto modo ya lo son, pues desempleo y crisis son, al menos en buena parte, resultado de la mala gestión que ellos, los políticos, han hecho de la economía–.

UN FENÓMENO GLOBAL. Hay que decir que el dato no es del todo nuevo ni del todo singular. No es singular pues parece ser un fenómeno bastante generalizado en toda Europa. Berlusconi no es ciertamente un hombre de Estado ni Italia un modelo de clase política, los escándalos de los parlamentarios británicos todavía les persiguen, Chirac y su flamante ex-ministro de Asuntos Exteriores, Villepin –el de la guerra de Irak–, están procesados y los políticos franceses están fragmentados en cien banderas, y al ex canciller Schröder le faltó tiempo para apuntarse a la nómina de Putin (¿se imaginan a Felipe González de empleado de la empresa gasista de Argelia?). Y para qué seguir, pues podríamos hacerlo con los líderes de la Europa del este o del norte, o con los recientes nombramientos en la UE; tanto tiempo esperando el Tratado de Lisboa para este magro resultado (y frente a este contra-ejemplo, una vez más Estados Unidos ha establecido un referente de vitalidad democrática renovando radicalmente su liderazgo político y su imagen: ¿alguien recuerda a Bush y los *neoon*?).

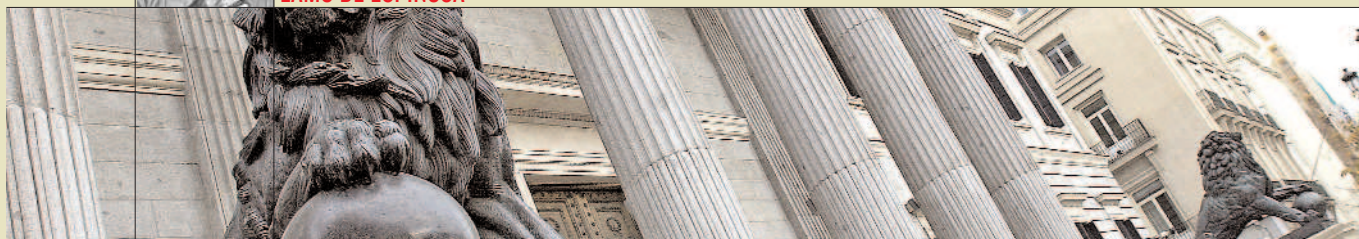
El fenómeno no es singular, por desgracia, pero tampoco es nuevo, ya que el deterioro de la confianza en el Gobierno y en la oposición ha sido una cons-

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS DEL PERIODO QUE SE ABRIÓ EN MARZO DE 2004, OCULTA TRAS LA DEBACLE ECONÓMICA, ES UNA CRISIS POLÍTICA MUY SERIA

en el Gobierno y en la oposición ha sido una cons-



EMILIO LAMO DE ESPINOSA



tante durante estas dos últimas legislaturas. La credibilidad del Gobierno tuvo un máximo al poco de las elecciones de 2004, cuando más de dos de cada tres ciudadanos confiaban entonces en el Ejecutivo. Pero cayó bruscamente durante ese año y el siguiente como consecuencia de las negociaciones frustradas con ETA, se remansó por debajo del 50% durante 2006 y 2007, y volvió a caer en el 2008, esta vez a mínimos históricos: un 37%, el resultado peor desde que hay series de datos (1997). Lo que sí es completamente novedoso es que la pérdida de legitimidad del Gobierno no ha ido acompañada de una subida de la credibilidad de la oposición, que ha seguido una línea de retroceso parecida: un máximo de apoyo de casi uno de cada dos españoles en 2004 para caer hasta el 33% actual. Y el resultado más reciente es que, según datos de la consultora Noxa, si el 70 % de los españoles desconfía de Zapatero, nada menos que el 83% recela de Rajoy. Son datos abrumadores, que deberían avergonzarlos: nada menos que siete de cada diez ciudadanos no se fía del presidente del Gobierno y más de ocho de cada diez tiene la misma sensación con el jefe de la oposición. ¡Y ellos son los encargados de solucionar nuestros problemas! (Algún malicioso pensará que nos está bien empleado: así aprenderemos a creer en nosotros mismos más que en el Estado).

Se trata de un resultado tan abrumadoramente negativo que se puede decir, sin exagerar, que una de las características del periodo político que se abrió en Atocha la mañana del 11 de marzo de 2004, y que hoy aparece oculto tras la visibilidad y la magnitud de la crisis económica, es el deterioro de la calidad de la democracia y del Estado; en definitiva, una crisis política muy seria. Pues la deslegitimación de los políticos –por incompetentes, por mentirosos o por corruptos, que de todo hay– arrastra a los partidos, por supuesto ("son todos iguales"), pero ambas arrastran consigo al Gobierno, al Parlamento, a las comunidades autónomas y un largo etcétera, abriendo una brecha creciente

entre los ciudadanos y la "clase política", cada vez más cerrada sobre sí misma y alejada de la calle, y generando una desconfianza creciente en la política misma y un ulterior repliegue hacia fórmulas extra o para-constitucionales.

PERCEPCIONES Y DATOS Y no se trata sólo de una percepción subjetiva de la ciudadanía. El Banco Mundial recopila series de datos sobre gobernanza en todos los países del mundo desde hace más de diez años. Pues bien, en todos los indicadores que corresponden a España el deterioro es manifiesto después del periodo 2000-2004, en que alcanzó puntuaciones máximas. Con caídas notabilísimas y rápidas en dos de estos indicadores: el de estabilidad política y el de control de la corrupción (confirmado éste por la caída en el *ranking* de Transparencia Internacional). Es decir, no son sólo los ciudadanos los que perciben un desgaste de la política en España; los datos objetivos de instituciones indiscutibles lo avalan.

Si una empresa, cualquiera, tuviera estos resultados, sabemos lo que haría: convocar inmediatamente al Consejo de Administración para echar a sus ejecutivos y buscar otros nuevos. Lamentablemente, no disponemos de ese mecanismo y la Constitución impide defenestrarlos sin sustituirlos por una mayoría alternativa –hoy inexistente–, aunque tiene al menos dos respuestas para estos casos.

La primera, por supuesto, es la convocatoria de elecciones y la segunda, la presentación de una moción de censura. Puede que ninguna renovara a los políticos pero al menos sí restauraría su legitimidad. Dado el desgaste del Gobierno y de la oposición, no parece haber otra alternativa, y sin duda sería más saludable que arrastrarse meses y meses hasta las elecciones de 2012. Pero sabemos bien que no ocurrirá. Por algo los políticos son hoy parte del problema más que parte de la solución.

Emilio Lamo de Espinosa es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

LO NOVEDOSO ES QUE LA PÉRDIDA DE LEGITIMIDAD DEL GOBIERNO NO HA IDO ACOMPAÑADA DE UNA SUBIDA DE CREDIBILIDAD DE LA OPOSICIÓN

HAY DOS SOLUCIONES QUE RENOVARÍAN LA LEGITIMIDAD: LA CONVOCATORIA DE ELECCIONES, PARA NO ARRASTRARSE HASTA 2012, O LA MOCIÓN DE CENSURA